

Trasladaremos al lector á una de las salas del palacio árabe de la Alhambra, adornada con lujo á estilo oriental. En ella se hallaba el rey de Granada reclinado muellemente sobre un magnífico divan de seda y oro; sus manos sostenían una enorme pipa de ambar que llevaba alternativamente á sus labios, y de un soberbio pebetero se desprendían los mas gratos aromas de Smirna. A su lado se veía sentado á un moro de faz morena cubierto de un albornoz blanco, que parecia escuchar con gusto la relacion que le hacia su soberano. Este hombre era el Cadi ó justicia mayor.

III.

—¿Con que tan feliz habeis sido, decia este, en la última batalla contra esos perros?

—Cierto que sí, contestó el rey, buena pasada les hemos jugado, figuraos que se hallaba en Quesada muy tranquilo el rey D. Enrique confiado en la alianza que por sostener mi trono hice con él, cuando de

—¿Con que tan feliz habeis sido, decia este, en la última batalla contra esos perros?

—Cierto que sí, contestó el rey, buena pasada les hemos jugado, figuraos que se hallaba en Quesada muy tranquilo el rey D. Enrique confiado en la alianza que por sostener mi trono hice con él, cuando de

repente cayeron mis valientes soldados sobre su ejército, que apesar de haber peleado como héroes, su derrota ha sido completa.

—Cuanto me alegro, decia con lisonjera sonrisa el Cadi, os doy la mas cumplida enhorabuena.

—Gracias, repuso el rey, aunque espero me la darás mas cumplida, pues parto al momento para Jaen, donde prometo colmarme de gloria ganándoles dicha ciudad.

—Estoy seguro de que asi será, señor, pues sois el rey mas intrépido y valiente que han visto los siglos; además Alá es grande y no abandona nunca á los que pelean por tan justa causa.

—En él confio, y estoy seguro del triunfo; y decidme Cadi, ¿á qué debo el gusto de teneros á mi lado tan de mañana?

—Primeramente á saber de vuestra salud y de tan gloriosas hazañas, y despues á daros cuenta de otras no poco importantes que han ocurrido en vuestra ausencia.

—Hablad, hablad.

—Habeis de saber que estos dias se presentaron en esta dos infames cristianos de esos que van sembrando doquiera la sedicion; los que trataron de sublevar al pueblo; pero yo, que siempre velo por la tranquilidad y bien estar de la ciudad, los sorprendí cuando mas entusiasmados gritaban en contra de nuestra religion. Semejante sacrilegio no podia quedar impune: al momento los reduje á prision, donde están esperando vuestras órdenes.

—Muy bien hecho, gritó enfurecido el rey; semejante osadía! ya sabeis que soy inexorable con esos

eanes, y deben sufrir un ejemplar castigo; decidme, ¿donde se halla?

—Hoy se encuentran en el Corral de los Caudivos.

—Sin pérdida de tiempo los hareis conducir al sitio destinado interinno otra cosa determino, dedicándolos á los trabajos mas forzados.

—Sereis señor al instante obedecido, y besando la mano del soberano, salió precipitadamente de la estancia.

—¿Es posible, gritaba el furioso Rey luego que hubo quedado solo que no dé de poder verme libre de esa abominable raza cristiana que por doquier me asedia? Pues bien, ya que no lo consiga, desgraciados podeis llamarnos los que entreis en mi poder, y vosotros miserables que tratais de sublevar mi pueblo y destruir nuestra religion, ya los probaré vuestro torpe error arrancándoos la vida por grados y gozándome en vuestros dolores.

Asi discurría el rey, imaginando un cruel martirio para los dos cristianos, en tanto que eran conducidos por el cadí á las cisternas que á la sazón se hacian en el Campo de los Mártires; en cuyo sitio fué erijido despues por nuestros Católicos Reyes el convento del mismo nombre.

Entonces habia en este lugar unos pozos ó cuevas abiertas en peña viva, que así como eran angostas á la entrada, era su profundidad mas espaciosa y dilatada. En ellas los encerraban de noche despues de tenerlos el dia espuestos á los rigores de la estacion, trabajando sin cesar, dándoles un alimento sumamen-

te escaso, y posándose muchas veces en sus delicados cuerpos el látigo del que los custodiaba. Mas en medio de esta crueldad sin límites no exhalaron la mas ligera queja contra sus enemigos, ni declinó en un átomo en sus corazones la verdadera fé, que solo esa Divinidad que ostenta su trono en las alturas, sabe inspirar á los que le aman.

Empero no estaba satisfecha aun la sed de venganza de los mahometanos: necesitaban ver regado su maldecido suelo de sangre cristiana; ver rodar por él sus cabezas; oír ayes lastimeros exhalados por la fuerza de los tormentos; y contemplarlos en fin arrastrándose á sus plantas demandándoles clemencia y adhiriéndose á su supersticiosa creencia; pero fueron ilusorias sus esperanzas, eran cristianos, y como tales no retrocedian ante el peligro cuando atacaban á su religion.

Bien lo probaron en el dia 12 de Mayo del referido año, los dos héroes de nuestra historia, á los que vió esa infiel secta caminar con paso firme y la risa en labios al lugar destinado al sacrificio. Llegados que fueron, se presentó el Rey de Granada cercado de toda su comitiva, y acercándose les dijo:

—¿Quién sois?

—Cristianos, contestaron tranquilos.

—Y con qué objeto abandonáis vuestra patria y os entrometéis en mi reino?

—Con el de predicar el Evangelio Santo, haceros ver la oscuridad en que estáis sumidos, y probaros lo nulo de vuestra religion.

—Miserarables! gritó colérico el Rey al oír tales palabras, lanzándose furioso sobre ellos y sepultando en sus cuellos la cortante cimitarra, sin considerar el desgraciado que en vez de causarles un mal les abría la senda gloriosa que tanto ambicionaban, por do volaban sus almas á la mansion eterna de los bienaventurados.

REVOLUCION

La Junta de Andalucía, en virtud de lo que el Sr. D. Juan Manuel de Lara, Comandante General de las Armas de Andalucía, ha acordado en virtud de lo que el Sr. D. Juan Manuel de Lara, Comandante General de las Armas de Andalucía, ha acordado en virtud de lo que el Sr. D. Juan Manuel de Lara, Comandante General de las Armas de Andalucía, ha acordado...



La Junta de Andalucía, en virtud de lo que el Sr. D. Juan Manuel de Lara, Comandante General de las Armas de Andalucía, ha acordado en virtud de lo que el Sr. D. Juan Manuel de Lara, Comandante General de las Armas de Andalucía, ha acordado...



—Miserables! grito colérico el Rey al ver tales
-actos, lanzándose furioso sobre ellos y sepultando
-brazos en el cuello la cortada similitud sin comen-
-zar el desgarro que en vez de causar un mal
-estacionado, casi suprimió la vida de los
-que de volar sus almas a semejanza de los
-aventureros.

CONCLUSION.

Enfrente de la iglesia de Santa Maria de la Alhambra, se ostenta una columna de jaspe matizado que sostiene una rejita, donde aun se conservan las reliquias de estos mártires, y una lápida cuya inscripcion dice así:

«Año de MCCCXCVII á XII de mayo. Reinando
«en Granada Mahomad, fueron martirizados por ma-
«no del mismo Rey en esta Alhambra Fray Pedro
«de Dueñas y Fray Juan de Cetina, de la orden del
«Padre San Francisco, cuyas reliquias están aquí. A
«cuya honra y la de Dios nuestro Señor se consagra
«esta memoria, por mandado del Ilustrísimo Señor
D. Pedro de Castro Arzobispo de Granada, año de
MDCX.»

EL

ALCALDE DE OTIVAR.

Escena de la guerra de la Independencia.

POA

D. Luis de Montes.

R.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

JUNTA DE ANDALUCÍA

A fines del año de 1812 subian por las cuevas inmediatas á la Almirajara, en la provincia de Granada, una compañía de soldados franceses que, habiendo salido aquella mañana de la venta Macina, se dirigian á batir las guerrillas que se levantaron en casi todos aquellos pueblos, para resistir á la invasion de los ejércitos que, despues de haber atado al carro triunfal del emperador Napoleon Bonaparte casi-todas

las naciones del continente, entraron en la península para colocar en las sienes de su hermano José la corona que había arrebatado traidoramente de las de Fernando VII. Imposible sería describir el disgusto que cundió por toda la nación al saber que se había dispuesto de ella como de un juguete, y el entusiasmo con que corrieron á las armas todos los que se hallaban en edad de llevarlas. El carácter indomable del pueblo español, y su espíritu de independencia le incitó á levantarse en masa para rechazar la agresión, y dió á la Europa asombrada, el grandioso espectáculo de una tenaz resistencia á las orgullosas tropas que no la habían encontrado en toda Europa: además de los ejércitos que se formaban en todas las provincias, se vieron brotar, como por encanto, mil partidas de guerrilleros que, en la guerra de montaña llegaron á hacer mas destrozos en el ejército invasor, que el que hubiera podido sufrir en diez sangrientas batallas.

Aquellos hombres que aparecían en grupos de veiete ó treinta individuos, vestidos con sus calzones bombachos, con sus chamarras claveteadas de plata, con sus botas blancas y su sombrero portugués; con su escapulario ó rosario al cuello; con una cañana á la cintura en la que llevaba treinta cartuchos, con un cuchillo de monte atravesado en la misma, restos de las costumbres de los árabes sus antepasados; cavalgando en potros tan salvajes como sus montañas, en aparejos redondos con largos flecos de seda floja, y colgando de él una bocacha en un lado y un relicio al otro; aquellos partidarios que aparecían á la vuelta de un desfiladero, y atacaban con ventaja á

un cuerpo mucho más numeroso y disciplinado; desaparecían como una nube de humo arrojada por el viento, y como esta, tampoco dejaban huella de su retiro, diseminándose por las agrestes veredas de sus ásperos montes, y reuniéndose en seguida en otro punto, distante cinco ó seis leguas del primero, para volver á comenzar un ataque ó una sorpresa, siendo tan incansables y valientes, como feroces é intormentados.

No fué la Andalucía la que opuso á los franceses menos partidas, y principalmente al mediodía de Granada aparecieron algunas que llegaron á ser el terror de los jefes de los puestos militares de los alrededores. Una de las que mas incomodaron á las tropas extranjeras, fué la mandada por Juan Fernandez (a) Caridad, conocido mas bien por el *alcalde de Olivar*. Este guerrillero que en su juventud habia sido guarda de los montes de Cásulas, se reunió con algunos amigos para hacer la guerra de esterminio á los franceses, en venganza de las injurias que de ellos habia recibido siendo alcalde de su pueblo Olivar: llevaba de segundo á su compadre Guerrero, y mandaba en la época en que se refiere esta historia unos ochenta hombres, gente desalmada, y que creia ganar indulgencia plenaria por cada *gabacho* que enviaba al otro mundo. Tales y tan continuas eran las fechorias que cometian con los pequeños destacamentos franceses que marchaban de un punto á otro, que resolvió el general Sebastiani, que mandaba la provincia de Granada, limpiar la sierra de partidas, y al efecto dispuso que salieran gruesos destacamentos por diferentes puntos para hacer una batida ge-

neral en su distrito militar. Uno de ellos habia salido el dia anterior al en que principia esta historia, y habia llegado á la venta Marina, distante siete leguas de Granada, al anochecer, en la que resolvió quedarse para volver á proseguir su camino en cuanto amaneciese. Difícil era por cierto hallar á los guerrilleros que se encontraban en todas partes á la vez, y peligrosa era una expedicion en la que se habia de combatir con enemigos invisibles por decirlo así. Aquellos campos estaban llenos de trabajadores que llevaban la escopeta entre la mansera del arado, y de la que se servian cuando aparecia un soldado francés: cada cortijo podia ser una fortaleza, cada arbusto, cada matorral podia ocultar un paisano fanático, y por todas partes debia temerse un lazo ó una estratagemas, pues la muerte se hallaba para ellos por doquiera, y bajo todas formas. Asi es, que el comandante que mandaba la expedicion procuró tomar cuantas precauciones le sugirió su experiencia, para no dejarse sorprender en una empresa tan arriesgada como poco gloriosa.

JUNTA DE



... de la sierra Nevada, en cuya pendiente están pintorescamente situados Lanjaron con sus mil...

Serian las siete de la mañana cuando llegó á la Al-
mijara y las Alberquillas la columna que el coman-
dante Gerad habia dividido en tres partidas: la pri-
mera, que iba espiorando las montañas al mando del
teniente Lefleur; la segunda, que iba de vanguardia
por los llanos, al del alférez Gudín; reservándose el
comandante la tercera que marchaba á una regular
distancia de ambas, pronto á socorrerlas en caso de
necesidad. Al llegar á la cima de la sierra del Higue-
ron se la presentó un espectáculo bellissimo: á la de-
recha se veían esparcidos en las montañas inferiores
los pequeños lugares de Olivar, Gete y Lentegi; mas
allá, y en la misma direccion, alzaba el mar sus gi-
gantescas olas azotando las playas de Castell de Ferro
y de Almuñecar: á la espalda, escondida en las nubes
su alta cima la Sierra Nevada, en cuya pendiente es-
tán pintorescamente situados Lanjaron con sus mil

huertos de naranjos y limoneros, y el ameno valle de Lecrin, habitado por cien pueblos, en los que crecen los olivos mas grandes de Andalucia; á su derecha se levantaban las sierras de Albuñuelas y de Jayena, sobre las cuales aparecian, como masas oscuras confundidas con el cielo, los altos montes de Cómpea y Sierra Tegea que separan esta provincia de la de Málaga; y finalmente, al frente se veia un verde prado esmaltado de mil flores, por medio del cual corria con velocidad un arroyo sembrado de largas y enmarañadas ramas de zarzal, de esbeltos juncos, y de flexibles y sonoras cañas: el sol que se alzaba con lentitud sobre el horizonte, bañaba con una pura luz tan variado panorama. y obligaba á las tardas sombras de la madrugada á refugiarse en lo interior de las cuevas que presentaban los costados de las montañas.

—Delicioso paisaje! exclamó el segundo teniente Verneuil: esto me recuerda á mi Bretaña querida, prosiguió dirigiéndose al comandante.

—En efesto, mas de un punto de comparacion tiene con la Bretaña, respondió éste; y el mayor es, que aqui, lo mismo que alli, el pueblo, seducido por el clero, rehusa aceptar los beneficios que los que por él se interesan quieren proporcionarle.

—Teneis razon, dijo Verneuil: no olvidaré jamás las sangrientas escenas de que fueron testigos los valles de Couësson; cada habitante era alli un *Chouan*, y siempre estaba yo temblando de que me asesinasen durmiendo, creyendo hacer una accion agradable á la Virgen d' Auray su patrona.

--Silencio! le interrumpió el comandante; no veis

allí, junto aquella piedra, una cosa que centellea al través de las abulagas?

—Por vida del emperador, que son dos ojos que nos espían, contestó el teniente lanzándose con el sable en la mano hácia los matorrales.

—Sargento Gautier, gritó Gerad: marchad con cuatro hombres á la derecha y cogedme á ese pillo.

En efecto, salieron rápidamente, pero al acercarse á él, disparó un tiro que mató á un soldado, y dejándose caer rodando á la izquierda de la montaña, se escapó sin que pudieran herirle ninguno de los que le tiraron desde lo alto: á pocos momentos le vieron en el fondo del barranco levantarse, y echar á correr hácia Otivar; y los franceses pudieron distinguir á lo lejos, su chamarra, sus calzones de piel, las puntas de un pañuelo encarnado asomando debajo de su sombrero portugués, el escapulario que el viento llevaba sobre sus hombros, y su brillante escopeta que agitaba con aire de triunfo.

—Silencio y adelante: fué la última voz de mando que dió el comandante Gerad al perderse con sus soldados entre los sombríos pinos de la sierra.

—Ea, muchachos, otra rueda y viva nuestro rey, dijo José Vico alzando una corpulenta bota llena de delicioso vino de Molvizar.

—Mueran los *gabachos*! mueran los *futres*! contestó medio borracho Mateo Pereda, antiguo contrabandista de las playas de Almuñecar.

—No, que vivan, que vivan: dijo el alegre Frasco, ágil cazador de liebres: que vivan... hasta que nosotros los matemos.

—Vaya otro trago,—vaya otro trago.

—Silencio! dijo Media-cara, contrabandista de Benamargosa, acercándose al grupo: silencio! Por ahí viene un franchute solo, que irá á llevar algún parte al comandante de Albama. Agarrémosle, y que nos baile el fandango colgado de un árbol: esto nos distraerá.

Al mismo tiempo entraba en la pradera un joven

cazador, con el fusil al hombro, cantando muy des-
euidadamente una cancion de su pais.

—Escondeos detrás de los árboles, prosiguió Me-
dia-cara.

Hiciéronlo en efecto, y cuando ya se habia inter-
nado en el bosque el imprudente militar, salió la par-
tida y rodeándole le intimó la rendicion.

—Plutôt mourir! (1) respondió el cazador dispa-
rando su fusil, y tendiendo en el suelo á Frasco.

—Veinte robustos brazos se apoderaron de él, y
en un instante le amarraron con una soga.

—Al arroyo á juzgarlo, dijo Pereda.

—Al arroyo, gritaron todos.

Y empujándolo con las culatas de sus escopetas le
llevaron á una fuente cubierta de espesos árboles.

—Sentémonos y convengamos como ha de morir
este judio: exclamó Media-cara.

—Toma, ¡cómo ha de morir! quemado! respondió
Vinagreras, sacristan que habia sido del convento de
franciscanos de las Albuñuelas.

—Nó; mejor es colgado de un alcornoque: repli-
có Pereda, y veremos doblarse sus ramas con el pe-
so de semejante fruta.

—Gabacho! dí viva Fernando VII: le gritó al oido
el Raton, mozo de unos diez y nueve años, aplicán-
dole al propio tiempo la punta de su navaja guadi-
ceña al costado.

—Vive l' empereur! respondió el francés echán-
dolo de un puntapié al suelo.

(1) Antes morir.

—Muera! muera! exclamaron todos los partidarios; y lanzándose sobre él, é hiriéndole ya en la cara, ya en la espalda, ya en los muslos, ya en los brazos, le abrieron mil heridas por donde salía un mar de sangre.

—Colgado de una encina, dijo Pereda, para que los grajos tengan hoy su merienda; y enlazándole al cuello una soga, empezó á arrastrarlo por el suelo, y colgándolo de una rama lo suspendió en el aire.

El pobre francés, á pesar de estar acribillado de heridas, murmuraba de vez en cuando su *vive l'empereur!* al tiempo de llevarlo al árbol; pero cuando se sintió elevar sobre el suelo, cerró los ojos é invocó una muerte que tardaba en llegar.

—Qué significa esto? gritó con voz de trueno *Caridad*, el alcalde de Otivar, al acercarse á galope á la fuente.

—Un gabachío que nos ha caído entre las manos, le respondieron diez voces.

En este instante se agitaba el cuerpo del desgraciado francés con las agonias de la muerte.

—Una bala á la cabeza de ese hombre y que acabe de sufrir! dijo el alcalde; y descolgando su boca-cha, le disparó una rociada de metralla que le hizo mil pedazos la cabeza.

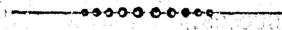
—Viva el alcalde! gritó la partida.

—Silencio! dijo este. A caballo todo el mundo! Todos obedecieron á su comandante.

—Vico, dijo el alcalde: marcha con dos hombres á la cueva de Pedro Sanchez, y mira si nuestros ami-

gos de Albuñuelas y Jayena han llevado allí las provisiones que nos prometieron; y si de camino ves al teniente, á mi compadre Guerrero con la otra mitad de la partida, le dirás que aquel es el punto de reunion para que vayan al instante; y diciendo asi, montó en su jaco negro, y se puso al frente de la partida con direccion á la cueva.

El alcalde de Otivar habia llegado á dominar á sus partidarios por una singular mezcla de bondad y de firmeza de carácter, que revelando un hombre en cuya alma fermentaba el inmenso orgullo que le causó la muerte, al par que la amabilidad para con sus compañeros; le hacia contar con ellos para cualquier empresa por aventurada que fuera. Es cierto tambien, que en una vida tan arriesgada como la que llevaba, hubo ocasiones en que hizo daño á los pueblos por donde transitaba, exigiendo raciones y dineros; pero en tiempo de revolucion no era esto de estrañar, pues tales desórdenes, imposibles de contener, son su natural consecuencia.



—Fuego! gritó el alcalde, y cuarenta balas fueron silbando por el aire hácia los enemigos derribando á seis franceses.

—*En avant*, dijo el comandante Gerad, y se adelantaron los soldados haciendo un vivo fuego guareciéndose de los árboles y abulagas.

Entonces empezó el combate con un encarnizamiento difícil de explicar: los antiguos soldados del imperio veían que no podían atacar sin desventaja á

IV.

La partida iba doblando la sierra de Armijo con su jefe al frente, que llevaba un uniforme y dos charreteras que había cogido con el caballo en que iba montado, en una escaramuza que había tenido poco tiempo antes en los llanos del Padul; cuando al entrar en el prado inmediato á la cueva, vió que los franceses le habían cercado, y que sus parejas avanzadas rompían un fuego de guerrilla.

—Fuego! gritó el alcalde, y cuarenta balas fueron silbando por el aire hácia los enemigos derribando á seis franceses.

—*En avant*, dijo el comandante Gerad, y se adelantaron los soldados haciendo un vivo fuego guareciéndose de los árboles y abulagas.

Entonces empezó el combate con un encarnizamiento difícil de explicar: los antiguos soldados del imperio veían que no podían atacar sin desventaja á

los partidarios (les brigands): porque estos se hallaban protegidos por los trozos de roca desprendidos de la cueva, y porque iban replegándose hácia ella para tener cubierta la espalda; pero su orgullo militar se irritó de tener que habérselas con unos enemigos tan despreciables, cuando habian triunfado en otro tiempo en Italia, Egipto, Alemania y Prusia, y á la voz de su comandante: *en avants mes enfants*, empezaron á subir la escarpada cuesta que conducia á la ancha cueva defendida por parapetos naturales. Los partidarios no dejaban de hacer un vivo fuego que puso á raya el ardor de los acometedores, quienes iban cayendo poco á poco á los certeros tiros de los intrépidos cazadores de la sierra: por lo que tuvieron que reforzarse con los demás soldados al mando de Laffeur y de Gudin. Ya hacia un buen rato que duraba el combate, y de ambos habian caido quince ó veinte individuos.

Los soldados franceses, irritados de una resistencia que no esperaban, hicieron un esfuerzo desesperado, y subieron á bayoneta calada despreciando el fuego que á quema ropa les dirigian: ya habian llegado á la estrecha senda que habia delante de la cueva, y acometiendo con un valor ciego á los partidarios que se replegaron detrás de las piedras, inclinaron la victoria á su lado: otra carga mas á la bayoneta, y eran dueños de la cueva; pero cuando ya no habia ninguna esperanza para los montañeses, cuando estaban determinados á morir haciendo una desesperada defensa, oyeron la poderosa voz de Guerrero, el compadre del alcalde y su teniente, dominando el ruido de la fusileria, y gritando: *mueran los*

gabachos; y al mismo tiempo le vieron seguido de los suyos, trepar por la sierra como cabras monteses, haciendo un fuego horroroso sobre los franceses; cercados estos por delante y por detrás, efectuaron una rápida y brillante maniobra presentando el frente á los dos partidarios; pero conociendo su desventajosa posición, efectuaron una hábil retirada por el costado derecho de la senda, y se volvieron retrocediendo por escalones hasta la venta, perseguidos por los serranos; pero manteniéndoles á una regular distancia por el fuego que no cesaba de mortificarles.



P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERIA DE CULTURA

CONCLUSION.

Este combate dió un grande prestigio al alcalde de Otívar, y le hizo el dueño, por decirlo así, de todos aquellos contornos; la marcha del ejército frances de Granada, á consecuencia del giro que habian tomado los sucesos de la guerra, hizo que aquel abandonase la vida aventurera de partidario, y solicitase ser considerado como oficial de ejército. En efecto lo fué. Estando mucho tiempo despues en Almuñecar, recibió un bofetón de otro oficial superior